

El regalo de Navidad

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Estudio Nimau.
Ilustración infantil y juvenil.



Si alguien le preguntara a la abuela Conchita cuál era el mejor regalo de Navidad, no lo dudaría ni un segundo. El mejor regalo era el que le había hecho Pep, su nieto; y no lo cambiaría por nada del mundo.

A la abuela Conchita las navidades le gustaban mucho. Le gustaban tanto que a mediados de noviembre ya empezaba a decorar la casa impaciente. En un rincón ponía un árbol, en otro un poco de muérdago, más allá el belén. Sobre las estanterías, unas ramas de acebo, y colgando de alguna puerta, algunas guirnaldas y un calendario de adviento. Hasta en la entrada ponía una casita de luz, que llamaba mucho la atención cuando venían las visitas.

El problema es que de visitas venían más bien pocas, por no decir ninguna. Y es que, en realidad, a la abuela Conchita, nunca venía a verla nadie.

Conchita vivía sola, se levantaba sola, se vestía sola, desayunaba sola y sola salía de casa para ir a comprar al mercado. Después volvía a casa sola, comía sola y bien sola estaba toda la tarde en casa, mirando la tele, leyendo un libro o escuchando la radio sentada en el sofá. Y así, casi todos los días del año. Pero no todos, claro.

Por suerte, el día de Navidad toda la familia venía a verla y ella se sentía la mujer más feliz del mundo. Aquel día la casa se llenaba de hijos, hijas, nueras, yernos y nietos que se esparcían por el comedor y se sentaban alrededor de una mesa que ella alargaba con cuatro tablones de madera y algunos caballetes que le había dejado el vecino del segundo.

Entonces todo eran sonrisas y alegría. Aquel día no necesitaba la tele, ni la radio, ni ningún libro para hacerle compañía. Aquel día no se sentía sola, pero cuando llegaba la noche y todos tenían que irse, la abuela Conchita volvía a sentirse tan sola como antes.

—Abuela, ¿qué les has pedido a los reyes? —le preguntó Pep al oído antes de salir.

—Yo a los reyes siempre les pido lo mismo —contestó la abuela Conchita.

— ¿Y qué es?—preguntó Pep, curioso.

—Que volváis muy pronto, para poder pasar otro día con vosotros—dijo la mujer con una sonrisa dulce. Pero entonces Pep sintió como su padre le estiraba la mano porque tenía prisa para sacar el coche, y corrió a darle un beso a la abuela para despedirse.

Más tarde, cuando Pep estaba en casa cenando aquellas croquetas tan buenas que la abuela les había dado, se dio cuenta de que no podía dejar de pensar en aquel deseo tan extraño.



—Papá, ¿por qué la abuela pide a los reyes cosas tan raras? — preguntó Pep. — Los reyes están para traer coches teledirigidos, naves espaciales, muñecas de colores o cocinitas; pero si lo que la abuela quiere es que vayamos a verla, bien nos lo puede pedir a nosotros, ¿no?

Pero justo en aquel momento, su padre estaba escuchando una noticia interesantísima de aquellas que explicaban en la tele y se descuidó de contestarle.

Pep siguió cenando, los días fueron pasando y la abuela Conchita continuó tan sola como siempre. Pero la navidad todavía lucía y a ella le gustaba salir al balcón para ver las luces de colores que iluminaban las calles. También le gustaba oír el disco de villancicos que ponía el vecino del cuarto y hasta se animó a comprarse una barrita de turrón en el mercado.

Pero las noches se hacían cada vez más largas y a ella le hubiera gustado que alguien viera la casita de luz que tenía en el recibidor. Por eso se llevó un gran susto cuando oyó el timbre de la puerta. ¿Quién debe ser? Pensó. Y no podía ser más feliz cuando abrió y vio al pequeño Pep que venía muy nervioso.

—Abuela, corre, date prisa. Tienes que cambiar la carta de los reyes y llevársela al paje.

— ¿Cambiarla? ¿Por qué? — Preguntó la mujer que no le acababa de entender.

—Porque a los reyes les tienes que pedir algo que se pueda envolver y que no ocupe demasiado espacio. — Aclaró Pep—. En cambio a mí, sí que puedes pedirme que te venga a ver.

La abuela Conchita no se lo podía creer. Abrazó a su nieto, emocionada, y lo primero que se le ocurrió fue darle un trocito de turrón.



— ¿Y ahora, qué les puedo pedir a los reyes?—pensó la abuela—Si te tengo a ti, ya no me hace falta nada más.

—Quizás una butaca nueva. — Dijo Pep, que había echado un vistazo rápido por la casa—Si tengo que venir a menudo, en esta que tienes no vamos a caber los dos.

Y entonces la abuela se echó a reír y corrió a coger su carta de encima de la mesita de noche. Escribió rápidamente lo que quería, pero antes de ponerla en el sobre, pensó que todavía tendría que añadir alguna palabra.

“Gracias”, puso. Y después la dobló, la guardó y se abrigó para salir a la calle de la mano de su nieto a llevar la carta al paje.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA